

Es alguien que se levanta a tientas y empieza a caminar entre los muertos;
alguien que roza un trapo o que pisa una sombra con un escalofrío.
El lugar está lleno de trastos, de alimañas y de polvo insistente por todos los rincones.
No hay sitio ni para una moneda por aquí.
Pero ella vuelve del revés los días, revisa los agujeros de las noches
hasta el vacío del final.
Una vez más aún, una vez más busca entre vidrios rotos la llave del error,
entre cuentas vencidas la cifra del fracaso,
entre ataduras sueltas el nudo del adiós.
¡Ah memoria, memoria,
cuando apilabas sólo encantamientos de hoy para mañana y después de mañana,
y tenías las manos fervorosas y los ojos de transparente miel!
Mamá, papá, no me miren ahora desde allá, desde entonces,
como si mi destino estuviera anunciado por la fulguración de las estrellas,
como si fuera el ángel del futuro esplendor.
Sí, sí, todo estaba teñido con el color de los paraísos prometidos
y yo era como el sueño de la más absoluta, la más incorruptible de las primaveras.
Julieta suspendida del canto del ruiseñor hasta el veneno,
cada encuentro en el filo del cuchillo y cada cielo en ascuas:
el imposible triunfo del amor que siempre se traiciona.
Mamá, papá, recogieron los dados.
No seré ni siquiera como el punto luminoso de Keops para el amante,
ni mi ausencia será tiniebla sin remedio para nadie hasta el juicio final.
Pero bórrate ya, espejo infamatorio, espejo usurpador,
¿acaso hay alguien más infeliz que yo en este inalterable, mutilado universo?
«Te pertenezco, dijo», «¿Tanto como los ojos que no ves,
como la voz que clama en el desierto?»
«Tanto como tú misma. Tanto como el lugar del bien perdido.
Pero esta es una historia para después del mundo, dijo.»
¡Ah memoria, memoria,
tienes las manos frías y la mirada oscura de los que vuelven desde nunca!
Llevemos, de todos modos, esas habitaciones abismales,
esos parques con lluvia y aquel muelle donde sólo es verano.
No dejemos caer las lámparas guardianas ni las cartas tan frágiles;
pongamos en esta misma sal los besos, los adioses, los retornos;
guardemos cada piedra, cada sol, cada lágrima.
Y así, paso por paso, año tras año, hemos forzado el tiempo
reavivando el pasado boca a boca con el vino vertiginoso del porvenir
hasta ver el presente posado aquí o allá como un pájaro ciego.
Fue un incesante y arduo traslado subterráneo.
Ahora estamos cerca del final, de cara contra un muro que no cede.
Han caído ciudades; han pasado dinastías de hormigas.
Todos estos escombros han sido removidos, triturados, confundidos,
sin ninguna piedad, sin ninguna esperanza.

¡Ah memoria, memoria,
 nos hemos deslizado varias veces por los alrededores de la eternidad,
 donde alguien nos estará esperando cualquier día «para después del mundo»!
 Entonces ella se alza entre ráfagas frías y turbios remolinos
 igual que las mendigas destempladas de los basurales,
 y tropieza y escarba y maldice tu sombra todavía:
 «Ojalá te comieran el corazón,
 ya frío,
 los perros en la noche que te alejó de mí.»

La corona final

Si puedes ver detrás de los escombros,
 de tantas raspaduras y tantas telarañas como cubren el hormiguero de otra vida,
 si puedes todavía destrozarte otro poco el corazón,
 aunque no haya esperanza ni destino,
 aparta las cortinas, la ignorancia o el espesor del mundo, lo que sea,
 y mira con tus ojos de ahora bien adentro, hasta el fondo del caos.
 ¿Qué color tienes tú a través de los días y los años de aquel a quien amaste?
 ¿Qué imagen tuya asciende con el alba y hace la noche del enamorado?
 ¿Qué ha quedado de ti en esa memoria donde giran los vientos?
 Quizás entre las hojas oxidadas que fueron una vez el esplendor y el viaje,
 un tapiz a lo largo de toda la aventura,
 surjas confusamente, casi irreconocible a través de otros cuerpos,
 como si aparecieras reclamando un lugar en algún paraíso ajeno y a deshora.
 O tal vez ya ni estés, ni polvo ni humareda;
 tal vez ese recinto donde siempre creíste reinar inalterable,
 sin tiempo y tan lejana como incrustada en ámbar,
 sea menos aún que un albergue de paso:
 una desnuda cámara de espejos donde nunca hubo nadie,
 nadie más que un yo impío cubriendo la distancia entre una sombra y el deseo.
 Y acaso sea peor que haber pasado en vano,
 porque tú que pudiste resistir a la escarcha y a la profanación,
 permanecer de pie bajo la cuchillada de insufribles traiciones,
 es posible que al fin hayas sido inmolada,
 descuartizada en nombre de una historia perversa,
 tus trozos arrojados a la hoguera, a los perros, al remolino de los basurales,
 y tu novela rota y pisoteada oculta en un cajón.
 Es algo que no puedes soportar.

Hace falta más muerte. No bastarían furias ni sollozos.
Prefieres suponer que fuiste relegada por amores terrenos,
por amores bastardos,
porque él te reservó para después del mundo, para después de nunca,
para el amor eterno, más allá del final.

Estarás esperándolo hasta entonces con corona de reina
en el enmarañado fondo del jardín.

Olga Orozco



Ricardo Baroja: *La diligencia*